Parole Rubate / Purloined Letters
http://www.parolerubate.unipr.it
Fascicolo n. 8 / Issue no. 8 – Dicembre 2013 / December 2013

MARIA DEL CARMEN MARÍN PINA

CITAS CABALLERESCAS APÓCRIFAS EN EL "QUIJOTE"

Cervantes se sintió atraído por la literatura caballeresca, leyó muchos libros de caballerías, romances y relatos caballerescos breves así como poemas caballerescos italianos y, a partir de estas lecturas, ideó y compuso el *Quijote*, entre otras muchas cosas, un libro de caballerías burlesco. Por razones obvias, sus páginas encierran citas de héroes y aventuras de las materias artúrica, carolingia y, por supuesto, de los libros de caballerías españoles, la "máquina malfundada"[1] a la que supuestamente pretendía derribar. Todas ellas son citas obligadas para crear su mundo. Don Quijote se ampara en la autoridad de estos personajes referenciales para hacer pedagogía caballeresca y para proceder a su imitación (la heroicidad es emulación de lo leído), y Cervantes para ilustrar y contrastar su fábula con la caballeresca. El conocimiento de todas estas obras es incuestionable y nos hace pensar en un autor seducido por el imaginario caballeresco, al

[1] Cf. M. de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, ed. del Instituto Cervantes 1605-2005 dirigida por F. Rico, Barcelona, Galaxia Gutenberg – Círculo de Lectores – Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, 2004, p. 19 (Prólogo).

tanto de las novedades editoriales y, a la vez, muy crítico. Conocer dónde pudo leer todos estos libros, quizá en la librería madrileña de Cristóbal López o en Sevilla, núcleo librero por excelencia y puerto de salida de los envíos de libros a Indias, si logró reunirlos en una biblioteca propia como la del hidalgo manchego, si los leyó en su juventud, como hicieron el canciller López de Ayala, González de Oviedo o Juan de Valdés, en la madurez o a lo largo de su vida son cuestiones importantes todavía pendientes de precisar en las que, sin embargo, no voy a entrar ahora.[2]

Como don Quijote, Cervantes cita de memoria pero en general sólo retiene la materia y no las palabras y la ordenación, no se ha aprendido los textos al pie de la letra, pero sí ha asimilado los aspectos *elocutivos* y es capaz de imitarlos haciendo pasar incluso lo propio como robado, sin la necesidad perentoria de recurrir a las obras para la confirmación de sus citas.[3] El texto es su memoria, un rico almacén de libros leídos al que acude reiteradamente para hallar y extraer con erudición y sutileza, con prontitud y facilidad, la cita adecuada para cada ocasión, dando así prueba de su agudeza de ingenio.[4] La única vez que en la edición de 1605 se emplea la cursiva para resaltar una cita textual es para una cita caballeresca, para ofrecernos un ejemplo de la "claridad de la prosa" de Feliciano de

[2] De ellas se han ocupado M. de Riquer, *Nueva aproximación al "Quijote"*, Barcelona, Teide, 1989[7], p. 18 y D. Eisenberg, *La interpretación cervantina del "Quijote"*, Madrid, Compañía literaria, 1995, p. 3. Resume el estado de la cuestión y responde a algunas de estas preguntas V. Infantes, *La librería de Don Quijote y los libros de Cervantes (I, 6)*, en *"Por discreto y por amigo". Mélanges offerts à Jean Canavaggio*, Madrid, Casa de Velázquez, 2005, pp. 79-92.

[3] Para el tema de la memoria véase A. Egido, *La memoria y "El Quijote"*, en Id., *Cervantes y las puertas del sueño. Estudios sobre "La Galatea", "El Quijote" y "El Persiles"*, Barcelona, PPU, 1994, pp. 93-135.

[4] Estas son las cualidades exigidas años después por Baltasar Gracián, en su *Agudeza y arte de ingenio*, para la cita conceptista, como explica M. Blanco, *Ingenio y autoridad en la cita conceptista*, en *La recepción del texto literario (Coloquio Casa de Velázquez-Departamento de Filología Española de la Universidad de Zaragoza, Jaca, abril de 1986)*, estudios coordinados por J.-P. Étienvre y L. Romero, Zaragoza, Secretariado de Publicaciones de la Universidad, 1988, pp. 105-115.

Silva, esa prosa enrevesada que tanto agradaba a don Quijote y que en su época fue ya objeto de mofa y crítica por autores como Diego Hurtado de Mendoza y Antonio de Torquemada.[5] La famosa cita a la que en la *princeps* se le quiso otorgar la condición de literal: "La razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura",[6] no es, sin embargo, textual y aunque su fuente de inspiración podría encontrarse en un discurso de Darinel de la cuarta parte de *Florisel de Niquea* (1551), no deja de ser una cita apócrifa y burlona que nos alerta de su modo de proceder. Cervantes cita sin el texto delante y, a falta del mismo, se inventa unas líneas que imitan la poética y el estilo de Silva, que a su vez remedaba, no sin ironía, el conceptuoso estilo de la poesía cancioneril. Lejos de someterse a la disciplina del hipotexto, en general Cervantes confía a su memoria, al recuerdo de lo leído, la recreación del mundo caballeresco y aporta citas certeras y puntuales, pero también otras imprecisas e incorrectas, algunas ocultas y unas cuantas apócrifas en las que prosigue o reescribe el material heredado en deliciosos juegos intertextuales, especialmente sugerentes para los lectores coetáneos y para los aficionados al género de las caballerías.

Respecto a las imprecisas, su infidelidad a las fuentes caballerescas realmente importa poco si no es para ver cuál pudo ser su forma de trabajar. El atribuir, por boca del cura y de don Quijote, al pastor Darinel (I, 6) y no al pastor Archileo (Rogel) las églogas y las bucólicas del *Rogel de Grecia* (*Florisel de Niquea*, IV), el aplicar el sobrenombre del Caballero de la Ardiente Espada a Amadís de Gaula en vez de a su biznieto Amadís de

[5] Véase F. Sebastián Mediavilla, *La puntuación del "Quijote"*, en "Anales Cervantinos", 39, 2007, pp. 101-145. No hay que olvidar, sin embargo, que con dicho estilo Silva buscaba ya la risa de sus lectores, como bien explica S. Cravens, *Feliciano de Silva and His Romances of Chivalry in "Don Quijote"*, en "Inti: Revista de literatura hispánica", 7/1, 1978, pp. 28-34.

[6] Cf. M. de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, cit., p. 40 (I, 1).

Grecia (I, 18), o el confiar que don Quijote tuviera el sabio de turno que registrara sus hazañas como lo tuvo Platir (I, 9), cuando este héroe del tercer libro palmeriniano curiosamente carece del mismo, son citas imprecisas pero verosímiles, nada disonantes en el discurso en el que se integran y que sólo podían llamar la atención de los avezados en el género y de lectores puntillosos como don Quijote.

Cierta competencia lectora se requiere también para filiar las citas ocultas, en las que, a falta de la mención de un personaje referencial, es el caudal de lecturas el que permite ubicar referencias como la de la torre navegante mencionada por el canónigo (I, 47), procedente del *Florambel de Lucea* (1532). Esta fantástica torre es obra de la Dueña del Hondo Valle, que podría ser, a su vez, la mencionada en la novela ejemplar *La tía fingida* para caracterizar a la recadera Claudina, "la dueña del *huy* o del hondo valle, que dice el libro de caballerías".[7] Silenciado el título del libro de caballerías, para los lectores modernos, carentes de la competencia citacional de los coetáneos, el nombre citado no es un nombre referencial y está inicialmente "vacío", como lo ha estado durante mucho tiempo el de Fraudador de los Ardides en la comedia *Pedro de Urdemalas*.[8]

La mayoría de los personajes caballerescos mencionados son, sin embargo, personajes y nombres referenciales y con su cita la "historia" ya está contada porque son síntesis de una historia ya leída y conocida, por ello "gran parte de la actividad de lectura consistirá en seguir las

[7] Cito esta novela ejemplar de controvertida autoría por la edición de J. García López, Barcelona, Crítica, 2001, p. 635, y completo la fuente caballeresca allí sugerida.

[8] Apuntó ya la relación E. J. Sales Dasí, *El humor en la narrativa de Feliciano de Silva: en el camino hacia Cervantes*, en "Literatura: teoría, historia, crítica", 7, 2005, pp. 115-157, y más recientemente E. Sarmati, *Maritornes, el caballero Metabólico y Fraudador de los Ardides: una nota al "Quijote" I, 43 (y a "Pedro de Urdemalas II", 554)*, en *"Amadís de Gaula": quinientos años después. Estudios en homenaje a Juan Manuel Cacho Blecua*, eds. J. M. Lucía Megías y M. C. Marín Pina, col. A. C. Bueno, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2008, pp. 755-768.

transformaciones, adecuaciones o rupturas que el nuevo relato opera en el despliegue conocido".[9] El juego intertextual resulta especialmente sugestivo en las citas apócrifas, aquellas en las que Cervantes reescribe a su modo y voluntad la materia caballeresca heredada, en este caso la procedente de la tradición artúrica y la de los libros de caballerías españoles, creando por la vía de la parodia un nuevo hipertexto.

1. *La caballería artúrica apócrifa*

Cervantes enlaza la caballería amadisiana, y por extensión los libros de caballerías españoles, con la tradición artúrica en el pasaje donde Vivaldo es adoctrinado por don Quijote sobre los orígenes de la caballería andante, que se remontan a las historias de Inglaterra:

> " [...] donde se tratan las famosas fazañas del rey Arturo, que comúnmente en nuestro romance castellano llamamos 'el rey Artús', de quien es tradición antigua y común en todo aquel reino de la Gran Bretaña que este rey no murió, sino que por arte de encantamento se convirtió en cuervo [...] Pues en tiempo deste buen rey fue instituida aquella famosa orden de caballería de los caballeros de la Tabla Redonda, y pasaron, sin faltar un punto, los amores que allí se cuentan de don Lanzarote del Lago con la reina Ginebra, siendo medianera dellos y sabidora aquella tan honrada dueña Quintañona."[10]

La apreciación en torno al nombre del fundador de la Tabla Redonda no es errónea, pues efectivamente Artús es el nombre por el que se cita en textos caballerescos como *Tirant*e *el Blanco* (1511) o *Arderique* (1517), libro éste último donde se alude a su encantamiento y esperado regreso, aunque nada se dice de su conversión en cuervo. La metamorfosis animal la vuelve a mencionar Cervantes en el pasaje en el que discute con el

---

[9] Cf. L. A. Pimentel, *Relato en perspectiva. Estudio de teoría narrativa*, México, Siglo XXI, 2005[3], p. 64. Empleo los conceptos de hipotexto e hipertexto de acuerdo con G. Genette, *Palimpsestes. La littérature au second degré*, Paris, Seuil, 1982.

[10] M. de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, cit., pp. 149-150 (I, 13).

canónigo la existencia de todos estos héroes caballerescos (I, 49) y, años después, en el *Persiles*, cuando Mauricio y Arnaldo hablan de hechiceros y de incrédulas transformaciones.[11] La metamorfosis en cuervo no figura en los textos caballerescos que relatan su desaparición y su mesianismo, como es el caso de la *Espejo de caballerías* (Toledo, 1527, II, 5), conocido y citado en el escrutinio, por lo que cabe pensar que Cervantes ha enriquecido la leyenda con un dato probablemente tomado de la *Historia de los reyes Godos*, de Julián del Castillo (Burgos, 1582), que pudo conocer a través de su amigo el poeta Pedro Laynez, firmante de la licencia. Al margen del asunto de las fuentes, lo cierto es que la cita cervantina dio el espaldarazo definitivo a la 'leyenda' del córvido Arturo.

Lanzarote y Ginebra son también personajes referenciales de la materia artúrica y la simple mención de su nombre cuenta ya la historia leída u oída, los amores adúlteros de la pareja, favorecidos por la dueña Quintañona, la alcahueta mencionada en el popular *Romance de Lanzarote* que, en este caso, Cervantes toma como fuente y cuya personal historia acaba reescribiendo a lo largo de las dos partes del *Quijote*.[12] El casto caballero se proyecta en el Lanzarote romanceril y, como él, desea ser de damas tan bien servido, aunque luego, en los momentos previos a la visita de Maritornes, armado de castidad, "propuso en su corazón de no cometer alevosía a su señora Dulcinea del Toboso, aunque la mesma reina Ginebra con su dueña Quintañona se le pusiesen delante".[13] La cita abunda en la condición adúltera de la mujer de Arturo y le sirve para acrecentar su ego conquistador y para reafirmar su fe hacia Dulcinea. Si don Quijote no la quiere para sí, no duda en hacerla pareja potencial de Basilio, quien merece

[11] Véase Id., *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, ed. C. Romero Muñoz, Madrid, Cátedra, 2002[2], p. 246 y p. 725.

[12] Véase J. Joset, *Aquella tan honrada dueña Quintañona*, en "Anales Cervantinos", 34, 1998, pp. 51-59.

[13] Cf. M. de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, cit., p. 188 (I, 16).

casarse no sólo con Quiteria "sino con la mesma reina Ginebra, si fuera hoy viva, a pesar de Lanzarote y de todos aquellos que estorbarlo quisieran".[14] Cervantes también planea un nuevo final para Ginebra, pues no acabará en un monasterio de monjas dispuesta a arrancar su corazón en ofrenda a Lanzarote, como se lee en *La demanda del santo Grial* (Toledo, 1515), sino hechizada en la cueva de Montesinos junto a la dueña Quintañona (II, 23). Allí permanecen encantadas, desde hace más de quinientos años, por el mago Merlín, el encantador francés que de la literatura artúrica emigra también a la carolingia y a los libros de caballerías españoles. Como los anteriores, Merlín es, igualmente, un nombre referencial y aunque sólo existe en el nivel discursivo (palabras de Montesinos) o en las representaciones burlescas (palacio ducal), tendrá un papel capital en la trama en relación con el desencantamiento de Dulcinea, un nuevo episodio apócrifo que sumar a la larga lista de sus encantamientos.[15]

En el contexto de la novela, estas citas de personajes artúricos introducen una historia conocida, en principio, por todos, a la que, sin embargo, Cervantes da una vuelta de tuerca completándola con nuevos datos (conversión en cuervo, encantamiento de Ginebra) y personajes (dueña Quintañona). Sin entrar en mayores honduras, no rememora episodios concretos de las tramas artúricas, simplemente se limita a jugar con los datos más populares de la leyenda y, a través de la cita, en un juego intertextual, matiza o reescribe parcialmente la vieja fábula.

2. *Amadís y familia*

[14] Cf. *ibidem*, p. 855 (II, 19).

[15] Véase D. Gutiérrez Trápaga, *Caracterización, tradición y fuentes caballerescas en el personaje de Merlín en el "Quijote"*, en "Tirant", 13, 2010, pp. 39-50.

Con esta tradición artúrica, irónicamente degradada o devaluada por la contaminación de tipos celestinescos como el de la alcahueta dueña Quintañona, entroncan los libros de caballerías que le han trastornado el juicio. Amadís de Gaula es el personaje caballeresco más veces citado en el *Quijote*, pues, como el caballero manchego explica, es el norte y el lucero de la caballería andante. Éste se fija fundamentalmente en su historia amorosa y a ella acude en busca de inspiración para su penitencia de amores, un afortunado episodio profusamente imitado en otros libros de caballerías. Don Quijote resume para Sancho los pormenores básicos del episodio cuando se adentran por Sierra Morena y han de dormir a la intemperie: "Y uno déstos fue Amadís, cuando, llamándose Beltenebros, se alojó en la Peña Pobre, ni sé si ocho años o ocho meses, que no estoy muy bien en la cuenta: basta que él estuvo allí haciendo penitencia, por no sé qué sinsabor que le hizo la señora Oriana".[16] La memoria le flaquea y no sabe precisar a su escudero la duración de dicha penitencia, dato totalmente superfluo y sin especificar en el *Amadís de Gaula*. El sinsabor no comentado son los celos de Oriana por Briolanja, pero esto importa poco pues lo que le interesa realmente es el gesto del caballero, lo imitable, y no los motivos. La cita la repite y completa más adelante cuando opta por el modelo penitencial amadisiano (I, 25), desechando, por complejo, el orlandiano.

Dispuesto a imitarlo, don Quijote echa en falta al ermitaño, cita indirecta de Andalod, e invoca a su memoria: "Venid a mi memoria, cosas de Amadís, y enseñadme por dónde tengo de comenzar a imitaros. Mas ya sé que lo más que él hizo fue rezar y encomendarse a Dios; pero, ¿qué haré de rosario, que no le tengo?".[17] El hidalgo reinventa la historia, pues en el

[16] Cf. M. de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, cit., p. 181 (I, 15).
[17] Cf. *ibidem*, p. 319 (I, 26).

texto amadisiano sólo se dice que Amadís pasaba el tiempo consumiendo sus días en lágrimas y en continuos dolores (*Amadís de Gaula*, II, 48), pero nada se dice de sus oraciones. Quizá la falta del ermitaño, que otorga la dimensión religiosa al episodio caballeresco, la suple don Quijote, a su manera, con la ingeniosa confección del irreverente rosario de tela, improvisado con una tira de las faldas de su camisa, lo que acentúa el tono jocoso de la penitencia. La cita acaba siendo, una vez más, apócrifa, aunque para lo que interesa poco importa su veracidad.

De las personas más allegadas a Amadís, Cervantes cita a su hermano Galaor, para el barbero uno de los más valientes caballeros y menos melindroso y llorón que Amadís (I, 1), y para Vivaldo, un caballero libre y desenfadado en sus amores, pues recuerda "haber leído que don Galaor, hermano del valeroso Amadís de Gaula, nunca tuvo dama señalada a quien pudiese encomendarse".[18] Don Quijote, sin embargo, lo defiende y justifica desvelando a los lectores del *Amadís de Gaula* un dato inédito:

> " [...] que yo sé que de secreto estaba ese caballero muy bien enamorado; fuera que aquello de querer a todas bien cuantas bien le parecían era condición natural, a quien no podía ir a la mano. Pero, en resolución, averiguado está muy bien que él tenía una sola a quien él había hecho señora de su voluntad, a la cual se encomendaba muy secretamente, porque se preció de secreto caballero."[19]

Por muchas averiguaciones que hiciera don Quijote, lo cierto es que Galaor tenía fama de donjuán y así acaba reconociéndolo él mismo cuando habla con Sancho de las inevitables murmuraciones: "De don Galaor, hermano de Amadís de Gaula, se murmura que fue más que demasiadamente rijoso; y de su hermano, que fue llorón".[20] Por esta fama

[18] Cf. *ibidem*, p. 154 (I, 13).
[19] *Ibidem.*
[20] Cf. *ibidem*, p. 702 (II, 2).

de seductor lo recuerda también el pícaro Pedro de Urdemalas en la comedia del mismo título, aunque el zagal Clemente no comprende la cita.

Don Quijote menciona igualmente al escudero Gandalín, discreto y poco hablador y, por ello, modelo referencial para el parlanchín Sancho: "Sí, que Gandalín, escudero de Amadís de Gaula, conde fue de la Ínsula Firme, y se lee dél que siempre hablaba a su señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeza y doblado el cuerpo *more turquesco*".[21] La cita es precisa en su primera parte y totalmente original en las cualidades que le atribuye, así como en los atavíos y en la gestualidad con la que adorna al personaje. No le va a la zaga Gasabal, "escudero de don Galaor, que fue tan callado, que, para declararnos la excelencia de su maravilloso silencio, solo una vez se nombra su nombre en toda aquella tan grande como verdadera historia",[22] una cita puntualísima y correcta que denota una lectura muy atenta y minuciosa, similar a la que hace del caballero Fonseca del *Tirante*.

De la prolífica familia amadisiana, Agrajes, primo de Amadís de Gaula, es, no obstante, el que mejor lleva el paso de los siglos, pues la cita textual de sus palabras: "Agora lo veredes, dixo Agrajes", con el verbo *dicendi* inclusive, se lexicalizó y se convirtió en una frase proverbial propia de retos y desafíos, habitual en tiempo de Cervantes y todavía hoy registrada en diccionarios y repertorios de proverbios y frases hechas. La cita pertenece al *Amadís* primitivo (c. 1420), pues, como ha explicado Martín de Riquer,[23] no se encuentra en la refundición de Rodríguez de Montalvo (1508), por lo que cabe pensar que en tiempos de Cervantes ya estaba en circulación y pudo tomarla de la tradición oral. La pone en boca de don Quijote para desafiar al vizcaíno, pero también se la escuchamos a

[21] Cf. *ibidem*, p. 241 (I, 20).
[22] Cf. *ibidem*, p. 242 (I, 20).
[23] Véase M. de Riquer, *Agora lo veredes, dixo Agrajes*, en Id., *Estudios sobre el "Amadís de Gaula"*, Barcelona, Sirmio, 1987, pp. 7-53.

personajes de entremés como Panduro en *La elección de los alcaldes de Daganzo*, donde da pie a un chiste verbal paronomástico con "grajos", o a Lorenzo Pasillas, el sacristán que compite con el soldado por la fregona Cristinica en *La guarda cuidadosa*, hasta acabar en boca del rufián Lugo (Cristóbal) en la comedia a lo divino *El rufián dichoso.*

Los magos Arcalaús, Alquife y la sabia Urganda la Desconocida completan el mundo amadisiano recordado en el *Quijote.* Hablando con Sancho de las miserias que les aguardan como caballeros andantes, el manchego rememora las pasadas por Amadís de Gaula "en poder de su mortal enemigo Arcalaús el encantador, de quien se tiene por averiguado que le dio, teniéndole preso, más de docientos azotes con las rienda de su caballo, atado a una coluna de un patio".[24] Don Quijote se inventa media cita, pues aunque efectivamente Amadís fue hecho prisionero por Arcalaús, no consta que fuera azotado, tormento infamante para un caballero, y menos en la cifra especificada, tan del gusto, por otro lado, de Cervantes. Como Merlín, "Arcalaús el encantador, enemigo mortal de Amadís de Gaula y de toda su parentela", cobrará vida en las bromas del palacio ducal, lo mismo que Alquife, "el grande amigo de Urganda la Desconocida".[25]

La primera en citar a Alquife es, no obstante, la sobrina que, ajena al mundo caballeresco y en un juego de prevaricación idiomática derivado de una falsa *interpretatio nominis*,[26] sólo perceptible para versados en el género como don Quijote, lo convierte en "Esquife".[27] La muchacha nos informa de que es el mago que le traía el vaso de agua con el que su tío apaciguaba sus demencias, una aventura más que sumar a las ya conocidas de este mago ahora también aguador. La sobrina no ha llegado a

[24] Cf. M. de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, cit., p. 178 (I, 15).
[25] Cf. *ibidem*, p. 1005 y p. 1004 (II, 34).
[26] Véase G. K. Zucker, *La prevaricación idiomática: un recurso cómico en el Quijote*, en "Thesaurus", 28/3, 1973, pp. 515-525.
[27] Cf. M. de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, cit., p. 81 (I, 5).

familiarizarse con el mundo caballeresco y desvirtúa los nombres, como le sucede también al ama, que convierte el nombre de Urganda en "hurgada",[28] y a Sancho con el nombre del bálsamo de Fierabrás ("feo Blas"),[29] con el yelmo de Mambrino ("Malandrino" y "Malino")[30] o con el de la reina Madasima ("Magimasa o como se llama").[31] A diferencia de la sobrina, Sancho vive la caballería, se deja seducir por los relatos de su señor y se va apropiando progresivamente de la poética caballeresca hasta el punto de ser capaz de retener nombres como el de la giganta Andandona, mencionada como término comparativo para elogiar a su mujer Teresa (II, 25). Sancho cita de oídas y en estas citas de citas nos desvela parte de los diálogos mantenidos con su señor don Quijote no registrados para los lectores.

Esta particular reescritura amadisiana a través de las citas de sus personajes alcanza al maestro Elisabat, médico, hombre de misa al servicio de Amadís y testigo de vista y cronista de *Las sergas de Esplandián*. En la personal lectura e interpretación del *Amadís de Gaula*, el loco Cardenio discute a don Quijote la condición del personaje, pues, a su juicio, "aquel bellaconazo del maestro Elisabat estaba amancebado con la reina Madasima".[32] La apreciación de Cardenio es totalmente personal y errónea, pues en el libro de caballerías ninguna de las tres mujeres llamadas Madasimas alcanza la categoría de reina y no guardan relación alguna con el maestro, al que el calificativo "bellaconazo" nada cuadra tampoco con su actuación. Don Quijote, acalorado, lo rebate defendiendo la honestidad y reputación de la dama en cuestión, a la que sigue haciendo de condición

[28] Cf. *ibidem*, p. 82 (I, 5).
[29] Cf. *ibidem*, p. 175 (I, 15).
[30] Cf. *ibidem*, p. 217 (I, 19) y p. 569 (I, 44).
[31] Cf. *ibidem*, p. 297 (I, 25).
[32] Cf. *ibidem*, p. 294 (I, 24).

real, y rebaja al maestro tachándolo despectivamente de "sacaprotas",[33] de mal cirujano.

Más adelante, sin embargo, cuando Sancho saque el tema de la reina Magimasa, don Quijote restituirá al médico achacando el falso juicio a la locura de Cardenio. La cita encierra, no obstante, una reescritura de la historia pues, al margen del inverosímil amancebamiento ("porque es muy gran blasfemia decir ni pensar que una reina esté amancebada con un cirujano"),[34] improvisa una inexistente relación entre Elisabat y Madasima ("la verdad del cuento es que aquel maestro Elisabat que el loco dijo fue un hombre muy prudente y de muy sanos consejos y sirvió de ayo y de médico a la reina; pero pensar que ella era su amiga es disparate digno de muy gran castigo")[35] y elogia la figura de Madasima:

> " [...] a quien yo tengo particular afición por sus buenas partes; porque, fuera de haber sido fermosa, además fue muy prudente y muy sufrida en sus calamidades, que las tuvo muchas, y los consejos y compañía del maestro Elisabat le fue y fueron de mucho provecho y alivio para poder llevar sus trabajos con prudencia y paciencia. Y de aquí tomó ocasión el vulgo ignorante y malintencionado de decir y pensar que ella era su manceba."[36]

Es decir, acaba buscando una explicación al juicio de Cardenio e inventando en el fondo un nuevo personaje y una nueva trama, un nuevo hipertexto.

Idéntico proceder sigue en las citas de personajes caballerescos de otros libros ajenos a la saga amadisiana, como sucede con el sabio Frestón (Fristón) de su admirado *Belianís de Grecia*, al que la sobrina, de acuerdo con el plan urdido por el cura y el barbero, presenta como artífice de la desaparición de la biblioteca del hidalgo. La treta resulta muy verosímil

[33] Cf. *ibidem*.
[34] Cf. *ibidem*, p. 297 (I, 25).
[35] Cf. *ibidem*.
[36] *Ibidem*, p. 298 (I, 25).

dentro de los parámetros del género y don Quijote hace suya la enemistad que Frestón tiene con Belianís:

> " [...] ése es un sabio encantador, grande enemigo mío, que me tiene ojeriza, porque sabe por sus artes y letras que tengo de venir, andando los tiempos, a pelear en singular batalla con un caballero a quien él favorece y le tengo de vencer sin que él lo pueda estorbar, y por esto procura hacerme todos los sinsabores que puede."[37]

A diferencia de otras citas, ésta encierra la originalidad de fundir la fábula cervantina con la caballeresca en un juego intertextual aprendido en los libros de caballerías, donde sabios y magas de diferentes tradiciones (Merlín, Medea) proyectan encantamientos milenarios o migran de unos libros a otros propiciando estos cruces de tramas y personajes. A través de esta cita, don Quijote está cumpliendo de algún modo aquel deseo que en su momento tuvo de coger la pluma y proseguir el *Belianís* (I, 1).

Palomeque el zurdo, otro fanático del género, demuestra también cierta capacidad inventiva a la hora de citar a sus héroes y atribuirles aventuras, en mayor o menor grado, apócrifas. La selección, una vez más, está condicionada por el contexto, en este caso por la discusión que el ventero mantiene con el canónigo sobre la verdad de los libros de caballerías y por los ejemplos aducidos por el religioso, en los límites de lo inverosímil. Palomeque revuelve en su memoria y contraataca con dos citas apócrifas. Primero esgrime las hazañas de Felixmarte,

> " [...] que de un revés solo partió cinco gigantes por la cintura, como si fueran hechos de habas [...] Y otra vez arremetió con un grandísimo y poderosísimo ejército, donde llevó más de un millón y seiscientos mil soldados, todos armados desde el pie hasta la cabeza, y los desbarató a todos, como si fueran manadas de ovejas."[38]

[37] *Ibidem*, p. 98 (I, 7).
[38] *Ibidem*, p. 407 (I, 32).

Las dos proezas citadas resultan ser totalmente inventadas, pero perfectamente ajustadas a la poética del género, y revelan una habilidad por parte del ventero pareja a la que pocos años antes mostró el morisco Román Ramírez, procesado por la Inquisición. Suma después a la cita la de Cirongilio, caballero también excepcional, pues

> " [...] navegando por un río le salió de la mitad del agua una serpiente de fuego, y él, así como la vio, se arrojó sobre ella, y se puso a horcajadas encima de sus escamosas espaldas, y la apretó con ambas manos la garganta con tanta fuerza, que viendo la serpiente que la iba ahogando no tuvo otro remedio sino dejarse ir a lo hondo del río [...] ."[39]

En su caso, como ha explicado Javier González, Palomeque "no crea de la nada la aventura inexistente, sino mezcla, fusiona y distorsiona dos aventuras que existen y están relacionadas – bien que separadas – en la obra de Vargas: la de la nave encantada y la de la Tremenda Roca".[40]

Para disfrute de los simpatizantes del género, don Quijote incrementa las aventuras del Caballero del Febo con un nuevo episodio que relata a Sancho tras el molimiento sufrido a manos de los yangüeses, en la misma cita antes comentada sobre los azotes de Amadís a manos de Arcaláus:

> "Y aun hay un autor secreto, y de no poco crédito, que dice que habiendo cogido al Caballero del Febo con una cierta trampa, que se le hundió debajo de los pies, en un cierto castillo, y al caer se halló en una honda sima debajo de tierra, atado de pies y manos, y allí le echaron una destas que llaman melecinas, de agua de nieve y arena, de lo que llegó muy al cabo, y si no fuera socorrido en aquella gran cuita de una sabio grande amigo suyo, lo pasara muy mal el pobre caballero."[41]

Este episodio no consta que le sucediera al Caballero del Febo, protagonista del *Espejo de príncipes y caballeros* (1555), uno de los libros

[39] *Ibidem*, p. 408 (I, 32).

[40] Cf. J. R. González, *Introducción*, en B. de Vargas, *Cirongilio de Tracia*, ed. de J. R. González, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2004, p. XXVII.

[41] M. de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, cit., pp. 178-179 (I, 15).

salvados del fuego, pero lo cierto es que, con la mención de las "melecinas", Cervantes introduce una jocosa nota escatológica ajena por completo a los libros de caballerías españoles, que se mostraron reacios a incorporar este tipo episodios fisiológicos (recuérdese, por ejemplo, que en la versión española del *Baldo* (1542) se suprimieron los episodios escatológicos del original italiano).

En mejores circunstancias el Caballero del Febo escribió el soneto que, junto a los de Urganda la Desconocida, Amadís de Gaula, Belianís de Grecia, Oriana y Gandalín, aparece en los paratextos del *Quijote*. Cervantes nos descubre las dotes poéticas de estos personajes caballerescos y ello le sirve para abrir el juego intertextual y superar con creces el que había visto en los prólogos de algunos libros de caballerías (*Olivante de Laura*, *Febo el Troyano*, continuaciones del *Espejo de príncipes y caballeros*) donde, por la vía del sueño y/o del encantamiento, caballeros de diferentes series se dan cita en torneos y desfiles multitudinarios. En este caso los personajes caballerescos salen también de sus libros e irrumpen en la ficción cervantina para arropar y elogiar con sus versos al héroe manchego, a Dulcinea y a Sancho, dando muestras de conocer bien su historia. Estas primeras citas apócrifas inician un juego intertextual sostenido, con ingenio e ironía, a lo largo de la novela que demuestra el conocimiento que Cervantes tenía del género y su capacidad para reorientarlo.

Fuera del *Quijote*, las citas caballerescas apenas tienen cabida y las pocas que pueden espigarse pertenecen a la tradición carolingia (especialmente a la orlandiana) antes que a la artúrica y a los libros de caballerías españoles, que parecen desaparecer por arte de magia en el resto de la producción cervantina. En los entremeses, comedias y novelas ejemplares, las citas caballerescas afloran muchas veces en boca de sacristanes, pícaros y rufianes y este desplazamiento contextual de la cita, fuera ya de su ámbito primigenio, trae consigo una devaluación y

degradación de la caballería. Poco o nada queda del mundo soñado por don Quijote.